

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Ruth Miraceti Rojas

“Regina y yo”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 69, julio-septiembre de 2024, pp. 14-16.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Alguna vez leí el relato de un hombre y su hemorroide. Él hablaba con ella y le pedía consejos hasta que la hemorroide comenzó a crecer tanto que terminó por convertirse en el hombre. Cuando me salió el callo, recordé esa historia. Quise nom-

Regina y yo

Ruth Miraceti Rojas

Una noche me despertó una risita ronca, casi ahogada. Intenté moverme pero me di cuenta de que no estábamos en la cama, sino en el cuarto de lectura. Vi a Regina en la mesa, leyendo las cartas para ella misma. Ahí me di cuenta de que las cosas iban por mal camino.

brarlo de algún modo. Algo en mí me decía que no era uno de esos callos que puedes ignorar y que desaparece al cabo de unos días.

Regina se convirtió en su nombre. Era casi como cualquier otro callo, con sus bordes gruesos y su piel descamada y amarillenta, pero tenía un cierto encanto. Al principio, irradiaba ternura. Mis hijos a veces la picaban con una aguja o le pintaban una carita feliz; otras, la acariciaban. Decían que era lo más tierno que habían visto.

Poco a poco, comenzó a tener otro papel en la casa. Se volvió como una niña pequeña y mimada. En ese entonces yo leía las cartas del tarot, y cualquiera que llegara a las sesiones sabía que terminaría mostrándola y hablaría de ella, de su crecimiento, de cómo esperaba que se convirtiera en la cuidadora de los pequeños en algún momento, y yo, entonces, podría descansar en alguna parte de su cuerpo, sabiendo que todo estaría bien.

Muy seguido, me descubría pensando en qué haría si crecía

tanto como la hemorroide. ¿Qué pasaría conmigo? ¿Qué dirían los niños? Este pensamiento me provocaba una especie de satisfacción. Desaparecer un tiempo, dejar que alguien más hiciera las labores que necesito y sin pagar, era algo que deseaba desde hacía tiempo. Lo más práctico para ambas era que yo me encogiera y tomara su lugar en algún momento. Así lo asumí. Ahora puedo decir que debí haberme dado cuenta desde un inicio que aquello no iría bien.

Algunas semanas después de su llegada, la vi medio verdosa y me espanté. Era cierto que jamás la había alimentado, no sabía qué comían los callos, ni siquiera me imaginaba que pudieran comer. Uno de mis hijos me recomendó darle pelusillas: “a lo mejor comía de tus calcetas y ahora, pues como no usas, se está quedando con hambre”. Tienes razón, le dije. Tomé un poco de pelusa de los calcetines y se la ofrecí. Vimos cómo abría su boquita para tragar y mis hijos aplaudieron como

si estuviéramos alimentando una mascota.

Pronto empezó a retomar su color natural, más blanquecino. Se veía radiante, con energía, y crecía de a poco. Pensé que lo mejor sería mantenerla cubierta. Compré varios calcetines de distintos tipos de tela y los usaba contenta porque sabía que eso ayudaría a que se desarrollara más rápido y mejor.

Conforme pasó el tiempo noté que su crecimiento era cada vez más rápido; incluso, parecía sonreír todo el tiempo con sus pequeños labios carcomidos. Entonces, comencé a enseñarle las artes del tarot: cómo recibir a los clientes, qué decirles, la elección de las cartas y qué significaba cada uno de sus símbolos. Ella estaba encantada, y las personas que venían la adoraban. Además, sus lecturas eran muy certeras.

Regina disfrutaba de sus nuevos deberes y su vida, se notaba por los besitos que lanzaba a los pequeños, por cómo siempre mantenía su sonrisa medio amarillenta, debajo de la cual mostraba una especie de dentadura. Me alegraba que fuera tan bien recibida. Hasta los clientes pedían sus citas directamente con ella. La saludaban de beso, le decían que qué grande y guapa se había puesto, y ella tomaba un color naranja como de vergüenza.

Yo podía interpretar lo que quería decir. Inventamos un mecanismo en el que yo identificaba letras a partir de la intensidad de cosquillas que ella me producía, lo que facilitaba la comunica-



Rafael Durán/La Fototeca del Pueblo: de la serie *Xinacates*

ción con todos. Aun así, algunas tardes me empeñaba en enseñarle a pronunciar las vocales. Poco después, Regina pudo hablar con algo de torpeza, casi siempre lo hacía al oído de las otras personas. Conmigo se limitaba a las cosquillas y pocas veces pedía mi opinión.

Los días pasaron. Los niños le contaban lo que les pasaba en la escuela, a veces sin que yo me diera cuenta. Se veían muy felices. Regina, decían, ¿nos puedes mandar esto de *lunch*, por favor?; Regina, te queremos; Regina, ¿nos arropas? Ya les había explicado que en algún momento iba a crecer tanto como yo y terminaría cuidándolos en lo que me tomaba unas vacaciones.

Al principio, dijeron que jamás me cambiarían, pero después noté que se había convertido en alguien muy importante para ellos. Los trabajos de la escuela estaban dedicados a ella, le llevaban flores, le platicaban sobre sus días, le daban besos y caricias que yo ya no recibía. De pronto me pareció que yo había dejado de existir y empecé a sentir recelo.

Me obsesionó la idea de saber lo que Regina pensaba, si es que acaso sentía algo de cariño hacia mí. La llegué a cuestionar varias veces, pero seguía sin hablar conmigo directamente. Había dejado de producirme cosquillas en un intento que yo consideré, primero, de privacidad, pero que después entendí que era más bien de rechazo. Así que desistí.

Cada tanto la medía para saber si acaso ya había comenzado a tomar mi lugar. Crecía bastante rápido. Mi pie, casi completo, era de ella. Solo me había dejado un pedacito del talón, más bien imperceptible.

En las noches, Regina comenzó a moverse de forma desesperada, como si quisiera huir. Si la tapaba, ella se destapaba; si me cambiaba de lugar, ella regresaba al original, y así me tenía toda la noche, con la mitad del cuerpo fría o incómoda. También pasó que mi pie dejó de moverse hacia donde yo quería y tenía que hacer grandes esfuerzos para caminar en la casa. No me dolía, pero podía percibir muy claro cuando

ella no quería moverse de lugar o, por el contrario, quería llegar a otro espacio de la casa para acomodar algo. Aquello pronto comenzó a irritarme, así que dejé de evitar que controlara mis movimientos. Permití que me llevara a donde quisiera. Recibía a los clientes y a los niños sin chistar y eso me aliviaba un poco.

Una noche me despertó una risita ronca, casi ahogada. Intenté moverme pero me di cuenta de que no estábamos en la cama, sino en el cuarto de lectura. Vi a Regina en la mesa, leyendo las cartas para ella misma. Ahí me di cuenta de que las cosas iban por mal camino.

“¡Regina!”, le grité. Giró para verme con sus ojos profundos y duros, y escuché cómo me insultaba. Los brazos se me tensaron y no pude moverme. Quise incorporarme, pero Regina nos comenzó a arrastrar. Mi cabeza chocaba con los muebles y permanecí en un estado de *shock* hasta que estuvimos nuevamente acomodadas en la cama. A la mañana siguiente pensé que se ha-

bía tratado de un sueño, un muy mal sueño, porque era imposible que Regina pudiera haber hecho algo así.

Después de eso, cuando nadie más que ella y yo estábamos juntas, la escuchaba murmurar cosas y reírse. Al acercarme, lograba entender algunas cosas: estúpida, no haces nada bien, ojalá ya desaparecieras. Uno de esos días la oí decir que ya había visto mis cartas y que mi futuro era oscuro. Al principio, la ignoré, pero no paraba y, como es lógico, no podía alejarme de ella. Además, sabía que a los clientes y a los niños les decía cosas sobre mí. A veces se reían en mi cara, aunque fingían no verme.

Hablé con mis hijos. Los reuní en un cuarto, dejando fuera a la intrusa. Les dije lo que creía que estaba pasando, pero ellos no quisieron escuchar. Lloraron cuando les dije que ya no podíamos quedarnos con ella. No, mamá, Regina es nuestra familia, se tiene que quedar, me repitieron entre sollozos. Silencio. Ella no debe saber nada, les decía mientras mi pie se movía de un lado a otro intentando entrar en la habitación.

Por las madrugadas, mientras ella dormía profundamente, me untaba una crema antihongos esperando recuperar mi pie. Pero los días pasaban y Regina parecía crecer incluso más rápido que antes. Entonces recordé que cuando era niña mi padre utilizaba una especie de rallador de queso para limar sus callos. Así que, mientras ella se entretenía con los niños o los clientes, yo buscaba uno de esos raspadores por internet. Hallé uno. Era perfecto: igual al que usaba mi padre. Llegaría una semana después.

Regina ya se había apoderado de parte de mi muslo. Me sentía agotada. Por las noches no me dejaba dormir y durante el día me

seguía haciendo comentarios degradantes, algunas veces incluso llegaba a quemarme a propósito con la sopa caliente o el café. Otras no me dejaba mover durante horas. Tenía que cargar mi pierna y dar saltos con un pie para poder desplazarme. Los niños seguían acariciándola y dándole regalitos, pero ya a escondidas de mí, sabiendo que la odiaba.

Cuando llegó el día y tocaron a la puerta, sonreí como hacía meses no lo hacía. Regina giró y me vio otra vez con esos dos hoyos que poco tenían de ojos reales. Con las extremidades que me quedaban me arrastré a pesar de la resistencia de Regina.

Las manos me temblaban. Recibí el paquete y usé hasta los dientes para abrir la caja. Regina murmuraba algunas palabras que no podía escuchar, mientras intentaba asomarse contorsionando mi antigua pierna. Por fin lo saqué. Era un rallador metálico largo, de mango rosa, con muchos orificios.

Regina dijo: “no sabes lo que estás haciendo”. Puse la pierna que aún me respondía encima de Regina, aplastándola, mientras ella balbuceaba y echaba unos grititos de rata ahogada. Con uno de mis brazos retuve el pie en el suelo, mientras que con la mano contraria tomé el raspador. Sudaba. Regina se movía intensamente intentando desapehenderse.

Comencé a raspar con furia de los dedos del pie hacia arriba. Lo hacía con tanta fuerza que comencé a sangrar, pero no sentía nada. Las manos rojas. Ella no dejaba de gritar e insultarme. Después comenzó a suplicarme. Decía algo sobre los niños, sobre cómo yo la necesitaba. A ratos pensaba que no iba a terminar jamás, que lo mejor era liberarla, dejar que creciera, dejar que el plan inicial se concretara. Pero

vi su risita cínica; sus ganas de eliminarme, y yo ya no me imaginaba como solo un callo.

La piel caía como copos de nieve sobre la alfombra. La pierna seguía retorciéndose, tratando de huir. Forcejamos un buen rato, pero pude someterla usando las tres extremidades que a ella le faltaban. Casi podía oler su terror. El rostro y las manos me dolían del esfuerzo. La sangre escurría debajo de mi pierna, dejando una mancha oscura.

Me tardé un par de horas en terminar. Vi mi pierna lacerada, en carne viva, sin rastros de Regina, sin sus labios carcomidos, sin su dentadura diminuta hecha de hilachos, sin la profundidad de sus ojos. Exhalé con fuerza. Me dolía todo el cuerpo. Traté de levantarme, pero mi pierna no me respondía. Había olvidado cómo usarla.

Me incorporé como pude. Por fin me había deshecho de ella. Fui a lavarme. Me vi en el espejo, ojerosa, roja del esfuerzo y sudada, con sangre entre las manos. Con dificultad, fui por una hoja y una pluma:

Niños, los quiero como nada en el mundo, pero este no es mi lugar. Soy y siempre seré un callo.

Los ama, Regina.

Los niños lloraron semanas y yo no pude mover bien la pierna durante casi un mes. La mantuve vendada. Pero al fin regresaron los apapachos y cariños, aunque a veces se nos salía un te extraño, Regina. **LPyH**

Ruth Miraceti Rojas es doctora en Literatura Hispanoamericana por la BUAP. En 2023 recibió el apoyo del PECDA, Puebla, en la categoría de creador con trayectoria, para la escritura de una serie de cuentos alrededor de la diversidad corporal.